



D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376

“Siempre pienso que mi vida ha sido, como dice Kafka, como ‘un ser hecho de pedazos de hilos’. Mi vida, en cuanto a los amigos, ha sido como una especie de hilos que se han ido enredando, tanto así que la wiphala no se puede ni acercar a la diversidad de amistades que he tejido a lo largo de tantos años y que hoy en día se mantienen”.

Luis H. Antezana J.

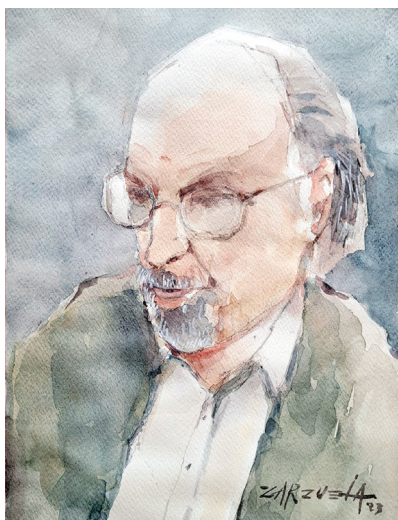


Luis “Cachín” Antezana: 80 años

 **LA PATRIA**
DESDE 1919

suplemento orureño de cultura

año XXVII n° 734 Oruro, domingo 29 de octubre de 2023



Luis H. Antezana J.
Erasmo Zarzuela
Acuarela sobre papel
2023

Editorial

Esta edición de *El Duende* está dedicada al destacado crítico Luis H. Antezana J. que nació en Oruro en 1943 y que ha cumplido 80 años en febrero en Cochabamba, donde reside desde hace muchos años. Su obra, fundamental en muchos sentidos, tiene incontables lectores agradecidos y beneficiados, pero su aporte va mucho más allá.

Cachín es ante todo un lector; pocos como él para hallar, desentrañar e interpretar algunas de las obras fundamentales de la literatura boliviana, para sintetizar las claves de la impronta de los autores y pensadoras esenciales del siglo XX boliviano e incluso antes, pues no se debe olvidar el gran trabajo en torno a Gabriel René Moreno, y luego, cronológicamente, de Medinaceli, Cerruto, Saenz, Zavaleta Mercado, Urzagasti y Suárez, entre tantos otros.

Cachín es, además, un maestro de vocación y sobrados méritos, más allá de las aulas de la UMSS o el CIDES o incluso de su breve paso por la Carrera de Literatura de UMSA; leerlo, dialogar con él, compartir lecturas e intereses, es un aprendizaje permanente.

Y *Cachín* es, sobre todo, un extraordinario amigo que hace de la conversación y del compartir de pasiones (libros, música, fútbol) una de las más gratas y enriquecedoras experiencias.

El Duende le dedica esta edición a Luis H. Antezana J., y para ello ha recurrido a un grupo de amigos y lectores quienes aportan acercamientos a la vida y obra de un autor imprescindible, desde cada una de estas facetas.

Tardes de café, cigarro y crimen

Gonzalo Lema

Es notable profesar culto a la amistad. Una mesa de por medio, el café y los cigarros. Los temas rodarán sobre este gramado: a la esquina propia de la vasta literatura general, al área chica de la nacional, al punto fijo de los doce pasos donde Chandler acomodó, con pericia e incontrastable elegancia, la novela policial y al círculo central de la poesía esencial. La filosofía sabrá sorprender en los momentos oportunos. De acuerdo al calendario, el básquet de la NBA, el precioso fútbol de la NFL, el tenis de los maestros, el fútbol de la Champions y la Libertadores. A juicio de Luis H. Antezana Juárez, es mejor pasar de largo la política de coyuntura, tan pobre de profundidad ella, aunque sí abordar, alguna vez, los grandes procesos sociales. Al cabo de dos cafés, alguna gaseosa y cuatro o cinco cigarrillos, con suspenso propio de los diálogos infinitos, apretar la silla contra la mesa, despedir al amigo y esperar, sin sobresalto, su continuidad el mismo día de la próxima semana. Los seis días son apenas un paréntesis de presencia. Es difícil imaginar otra forma de amistad para mí en esta etapa de mi vida. Hace muchos años supe compartir a plenitud con gente bohemia, política y futbolera; ahora reclamo solo sabia conversa, suficiente calidez humana y paz.

Fue Antezana quien me presentó *Quaresma, el descifrador*, de Pessoa. En este libro tan sorprendente leí lo siguiente:

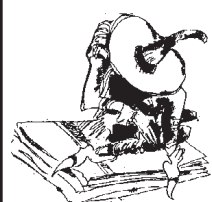
Una de las pocas diversiones intelectuales que aún le queda, a lo que aún queda de intelectual en la humanidad, es la lectura de las novelas policiales. Entre el número áureo y reducido de las horas felices que la vida me deja que pase, cuento como de lo mejor del año aquellas en las que la lectura de Conan Doyle o de Arthur Morrison me toma la conciencia en brazos. Un volumen de estos autores, un cigarro de 45 el paquete, la idea de una taza de café –trinidad cuyo ser uno es para mí la conjugación de la felicidad–, en esto se resume mi felicidad. Sería poco para muchos, la verdad es que no puede aspirar a mucho más una criatura con sentimientos intelectuales y estéticos en el ambiente europeo actual. Quizás sea para ustedes causa de pasmo no el que tenga yo a estos autores por predilectos y de dormitorio, sino el que en esta cuenta personal los tengo.

En estos tiempos, gran parte de la literatura policial ha devenido en serial televisiva. Seguramente Pessoa acompañaría su vida con Endeavour Morse, el agente de policía del Departamento de Crímenes de Oxford, y con su compañero Fred Thursday; quizás también con Montalbano, Wallander y el Padre Brown.

Hace bien a los felices encuentros ritualizados la afinidad y la sintonía de los contertulios. Si bien todos apreciamos a gente muy distinta a nosotros, para establecer una gran amistad se requiere un territorio de base común. De esa manera, sin que medie más que un abrazo de amistad, el maestro Alberto Villalpando incorporó a plenitud el tema de la música y el cine para regocijo de Luis Antezana que literalmente creció, podríamos decir, en el cine que su padre administraba, y para el mío que, sin prisa, sin pausa, voy acumulando una cinemateca familiar de importante proporción. Este nutrido repertorio de aficiones está precedido por intercambio de libros y DVD. Estos no pasan a manos de sus dueños antes del giro completo en la mesita, y actúan como manija encendiendo el viejo Ford en sentidos diversos. La fuente inagotable de libros, películas y música es Antezana, sin dudas. A la par de su amena conversación, la riqueza de sus comentarios parece siempre documentada, como las notas a pie de página en los libros de investigación. Compartir su conocimiento lo caracteriza, pero hago hincapié en la distribución semanal de sus materiales a sus amigos. En mi caso, además, muchas veces en calidad de regalo.

El tiempo vuela, sabemos. Hace diez años golpeé tímidamente su puerta y lo invité a tomar un café y conversar. Luis Antezana accedió con su propia cordialidad y comenzamos a tejer el arropo de algo que entiendo como buena amistad. El diálogo no se interrumpió con la pandemia ni algún viaje, sino que continuó con los correos electrónicos. “La vida no se detiene”, dice Franz Kafka, “solo se aparta del lector”. Extraordinarias tardes de café con alguien que conserva lo mejor del ser humano y percibe la realidad como ninguno.

Cochabamba, septiembre de 2023



el duende
director: benjamín Chávez
director honorario: luis eduardo
urquieta molleda (†)
consejo editor: edwin guzmán o.
patricia urquieta c.
erasmo zarzuela
martín zelaya s.
coordinación: julia garcía o.
duendeoruro@gmail.com

el duende no comparte
necesariamente las opiniones
de sus colaboradores.

www.elduendeoruro.com
www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



Un pajarillo llamado Cachín

(Apuntes familiares)

René Antezana Juárez

Cachín Antezana viene a ser el mediocentro adelantado (que en jerga futbolística sería el 10) de la familia Antezana Juárez. Cada vez que rompe algún récord o recibe reconocimientos y/o medallas por su aporte a la cultura y pensamiento bolivianos, la familia se enorgullece de tener al *Cachín* en su equipo. Toda una bendición. La verdad, desde niño lo observé jugando y pichangueando partiditos de fútbol posicionándose siempre en el centro del campo. Y eso va con su personalidad, ya que tiene una visión panorámica del juego y de sus pasiones como con el mismo fútbol y el análisis de la literatura y el lenguaje.

En familia, medio en broma y medio en serio, se sostiene que en el escudo familiar se deberían incluir tres símbolos: un fotograma de cine, un balón de fútbol y un libro. *Cachín* aportó con el símbolo del libro, ya que abrió un sendero en la familia los para los que directa o indirectamente amamos los libros y la literatura, siendo uno de los temas de conversación familiar. El de un fotograma corresponde a la herencia cinematográfica de la familia Juárez (desde nuestro abuelo Crisóforo y nuestra madre Raquel) y también de mi padre Luis. El balón de fútbol viene de nuestro padre, hincha del San José de Oruro y de la selección nacional. Desde muy pequeños nos llevaba al estadio a ver los partidos del San José; nosotros íbamos por los helados y los sándwiches de chola, pero algo seguramente aprendimos del deporte mismo. *Cachín* también bebió de esa fuente. Él mismo cuenta que yo lo acompañaba a jugar fútbol desde bebé, ya que él se hacía cargo de mi cuidado, cuando no estaban mis papás. Cuidarme era una tarea muy aburrida para un niño de 11 o 12 años al que lo buscaban los del barrio para pichanguear. Se las ingenió para llevarme a la cancha improvisada y, supuestamente, al mismo tiempo jugar y cuidarme. Cuenta que me colocaba de poste del arco imaginario de su equipo y yo no me movía porque no sabía caminar. Sospecho que recibí uno que otro pelotazo, lo que seguramente hizo que me convirtiera en artista.

Cachín nunca dejó de seguir todos los partidos importantes desde sus épocas de universitario en La Plata, luego en Cochabamba, en

Estados Unidos o Europa. Cuando llegaba de sus viajes de estudio, a veces coincidía con eliminatorias o un mundial (como el del 70). No había TV. *Cachín* organizaba la tribuna en casa colocando la radio en el centro del living, traía mandarinas y naranjas en buena cantidad y seguíamos los partidos en onda larga (en lo posible) a relatores fantásticos que él conocía, como José María Muñoz de Uruguay. Así que gracias al *Cachín*, aprendimos a ver los partidos en nuestra imaginación. Todo el mundo sabe que es un gran fan del fútbol, pero él ve (como buen 10) cosas que nosotros no vemos. Y eso está, en parte, expresado en su ya famoso libro *Un pajarillo llamado Mané* sobre Garrincha y otros grandes futbolistas a los que admira. Hace poco le regalé a un amigo italiano la versión traducida y curada por Claudio Cinti. Quedó tan impresionado por su manera de abordar el fútbol, que no podía creer que en Bolivia hubiera un intelectual de ese nivel. Yo me sentí muy orgulloso, no solo porque es mi hermano sino porque nos dignifica como bolivianos.

En el campo específico de la literatura su primer libro es su tesis doctoral (Lovaina, Bélgica) sobre la obra de Jorge Luis Borges titulada *Algebra y fuego*. Allí usa herramientas de análisis, con su particular modo de abordar las obras literarias, que se desconocían entonces. A su regreso de Bélgica compartió sus conocimientos teóricos en sus primeros libros y en diversas actividades académicas y literarias, que abrieron una nueva ruta para comprender nuestra literatura. De ahí en más se dedicó sobre todo a la literatura boliviana y llegó el reconocimiento principalmente en ámbitos académicos. Pero según *Cachín*, aunque ya era muy reconocido en el ámbito de la literatura, lo que lo hizo “famoso” fue su trabajo en el que se aproxima al pensamiento y obra de otro orureño célebre, René Zavaleta Mercado. Definitivamente estos textos lo insertan de manera sobresaliente en el mundo académico y de investigación social —muy diferente del literario— de Bolivia y América Latina. Paradojas de un gran jugador.

En una sesión de homenaje y presentación de un video biográfico de *Cachín* hecho por la Fundación Patiño, el

escritor Rubén Vargas señaló que consideraba que el gran aporte de *Cachín* a la literatura boliviana fue el haber fundado las bases para su estudio y análisis sistemático, lo que remite a una mirada que permite visibilizar la tradición de una literatura que hasta su llegada se encontraba prácticamente en la oscuridad y altamente fragmentada. En términos futboleros, *Cachín* fue y es como un gran director técnico que le da una identidad a un grupo diverso de jugadores que, sin su mano, solo sería una juntucha y no un verdadero equipo. Un Guardiola de la literatura, digamos, para quienes les gusta el fútbol. Así, su aporte a la cultura boliviana es invaluable.

En la familia las conversaciones giran también a otra de sus preferencias, esta vez vinculadas a los cómics o historietas; a partir de aquellos clásicos argentinos que venían en revistas como *D’Artagnan*, *Intervalo* y otras que él conoció de pequeño. Recuerdo que de uno de sus viajes de visita se trajo de Europa muchos cómics clásicos con dibujos fantásticos que son referentes de los efectos especiales de películas de superhéroes y otros de hoy en día. Entre los muchos que tiene, no olvido los cuentos de Lovecraft con dibujos de Alberto Breccia, “Los mitos de Cthulhu”, pero también varias maravillas en torno a obras clásicas, de ficción y también, cómo no olvidarlo, del gran Fontanarrosa. Uno de mis sobrinos lleva el nombre de Nippur, como homenaje al gran personaje de Robin Wood, Nippur de Lagash. Y así todos tenemos alguna preferencia. Yo soy fanático de Corto Maltese (un antihéroe creado por Hugo Pratt). Y así...

Toda familia, cuando se reúne, tiene temas reiterativos de conversación, anécdotas familiares, recuerdos, memoria de los que se han ido. Nosotros pasamos por lo mismo. Luego se habla algo de literatura, de fútbol (bastante)... e, inevitablemente, se llega al tema dominante de cierre: el cine. Para quienes no lo saben, desde muy pequeños cada uno de nosotros asistimos a las funciones de cine que tenían nuestros padres en Tupiza, Villazón y Oruro. También en los centros mineros ya que nuestro padre Luis distribuía películas, como mi abuelo lo hizo algunas décadas antes. Por tanto, el cine

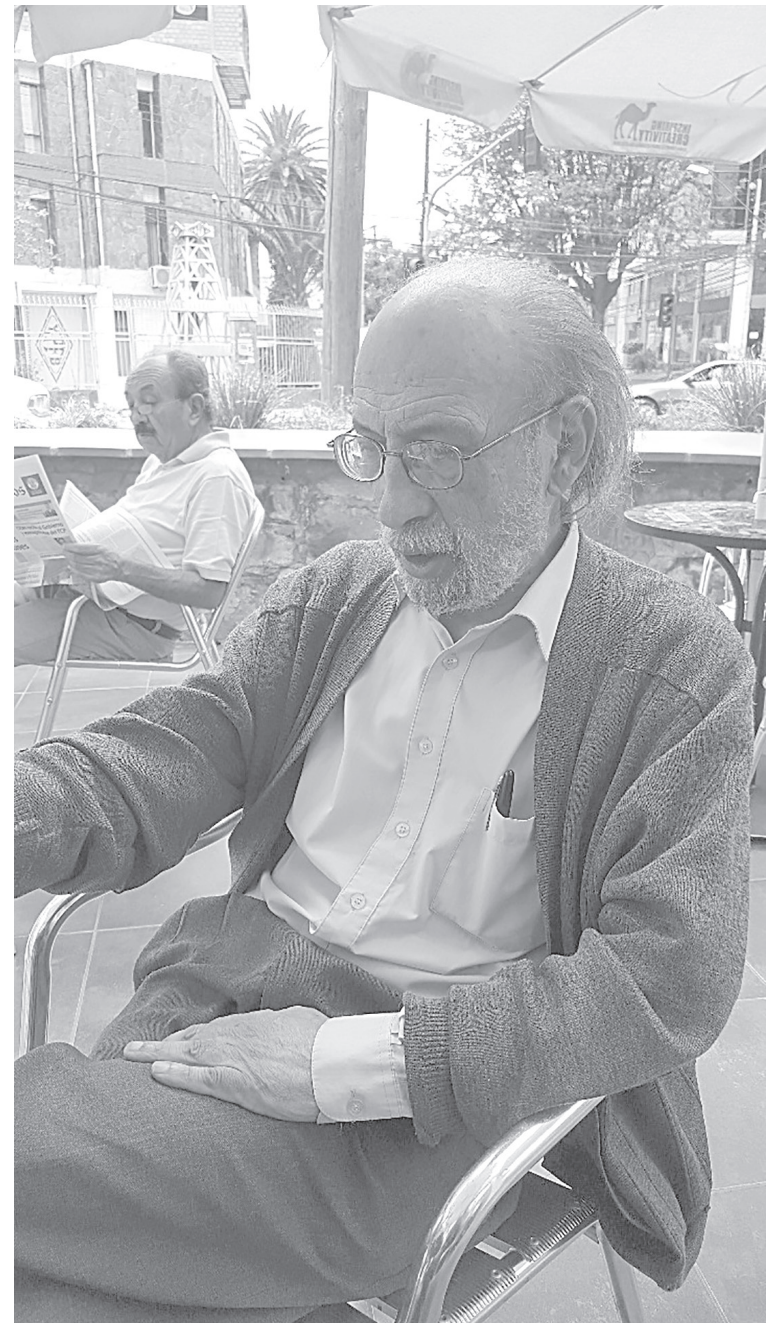


Foto: Martín Zelaya

era parte de nuestra vida cotidiana y a veces veíamos películas cada día (muchas veces la misma), algo poco común entonces, claro. En la familia se reconoce que la extraordinaria película de Giuseppe Tornatore, *Cinema Paradiso* es, en buena medida, la biografía de todos y cada uno de nosotros. Obviamente, lloramos a mares cuando la vimos. *Cachín* se identifica aún más porque dice que los filmes de posguerra que se ven en la película son los mismos de su infancia.

Hablar con él da profundidad y amplitud a los temas, no solo en la familia sino en todo lugar donde se presenta. Sea hablar de Fellini o de Jaime Saenz, de Nippur de Lagash o de Borges, de Matilde Casazola, Eduardo Mitre, Cerruto, o Garrincha y Pelé, Scorsese o Sanjinés, la Champions o la Libertadores..., así como de temas vinculados a la sociología. Su lucidez y erudición

no tienen fin.

Muchos amigos me preguntaron de dónde viene el apodo del *Cachín*. Yo, la verdad, nunca estuve muy seguro. Así que decidí, no hace mucho, preguntarle y salir de la duda. Él me contó que fue cuando era niño en Tupiza (nuestros papás administraban el cine “Suipacha”) ya que su nombre es Luis Huáscar y confundieron el segundo nombre con “Oscar”; pues resulta que allá en Tupiza y en otras partes a los “Oscar” se los llama “Cacho”; pero como era pequeño (quizá como un pajarillo), entonces lo comenzaron a nombrar con el apodo en diminutivo: “*Cachín*”, lo que le quedó para toda la vida.



Cachín Antezana: “los amigos y la literatura siguen junto a mí, me protegen, como la música”

“La culpa es de Kafka, Orson Welles y Borges”, “ya no sé distinguir si escribo porque me faltan amigos...”. Las ideas, las frases que deja Luis Antezana Juárez en cualquier conversación, son tan valiosas y entrañables como las innumerables páginas que escribió y escribe y que sustentan la crítica literaria boliviana del cambio de siglos. El diálogo en el homenaje de la reciente FIL La Paz –que se transcribe en estas páginas– no fue la excepción.

Martín Zelaya



Foto: Martín Zelaya

sabiduría de Antezana.

- **Una vez contaste que uno de los primeros hechos concretos en tu memoria, es de una vez en que te compraste un libro de Salgari con el dinero que tenías para un texto escolar.**

- Yo nací en Oruro pero mi niñez consciente la pasé en Tupiza donde hice los primeros cuatro años de la escuela. A veces suelo decir que mi profesora Betty Inchausti **al enseñarme a leer y escribir y a sumar y restar ya me dio toda la profesión de mi vida.**

El primer momento en que yo estoy consciente de ser un ser humano, de tener conciencia propia y saber asumir mi responsabilidad, lo tuve cuando fui a una tienda en la que vendían, entre otras cosas, libros. Fue un problema ético como lo definió Spinoza. No había el libro de lecturas que

necesitaba en la escuela y vi un libro de un tal Salgari: *Los tigres de Mompracem*, que costaba casi lo mismo y entonces me dije: “¿voy a casa a pedir permiso para comprar esto, o asumo las consecuencias?”. A los siete años yo ya era un ser humano, ya estaba completo tal como soy hoy en día.

- **¿Qué más recuerdas de esos primeros años?**
- Mi papá fue a administrar el Teatro Municipal Suipacha, por eso nos fuimos a Tupiza. Entonces el cine está presente desde entonces. De toda esa parte de un chiquito que está viviendo en un cine de pueblo, me han hecho película, se llama *Cinema Paradiso* de (Giuseppe) Tornatore. Toda la parte de la niñez y de la gente del pueblo es parte de mi biografía, hasta con las mismas películas, salvo las italianas.

Mi padre siguió trabajando en cine hasta el final de su vida en 1970 y mi abuelo materno fue el primer distribuidor de cine mudo en Bolivia. Y como después mi hermano (Tonchy Antezana) ha terminado de cineasta... entonces creo que es algo que definitivamente caló.

- **Nos contaste experiencias iniciáticas con libros y cine, pero creo que en Tupiza también se dio una anécdota fundamental de otra de tus pasiones, el fútbol.**
- Había un changuito de unos 16, 17 años, que jugaba al fútbol como los dioses juegan al fútbol. Maradona y Messi lo imitan a ese muchacho. Era rápido como un rayo, jugaba con picardía, habilidad. No sabía quién era, hasta que mucho después, en los años 50 lo reconocí jugando en el Bolívar: era Víctor Agustín Ugarte.

- **Cómo fue tu acercamiento a la literatura y la lectura ya pasada la infancia. ¿Fue en secundaria cuando te convertiste en lector?**
- En secundaria leí todos los libros que había en casa y lo que todos leemos a esa edad, que si Salgari, que si Julio Verne... que si *Los tres mosqueteros*, *El conde Montecristo*...

Hay dos o tres libros que me han marcado para toda la vida. *Creo que todo ser humano debería ser marcado por algún libro*, y uno de estos es *Las mil y una noches*: todas las posibilidades de la literatura, en su manera más básica y extraordinaria: Sherezade cuenta sus cuentos para poder seguir viviendo. Otro libro sale, curiosamente, de la materia de literatura de colegio. La señorita Morató nos hizo leer, como trabajo de cuarto o quinto a cada uno para comentarlo y la lotería fue para mí pues me tocó la *Vita nuova* de Dante. Es algo difícil de entender: ¿cómo puedes enamorarte para toda la vida de una muchacha que ves pasar! Y luego vas a escribir la *Divina comedia* solo por ese contacto. Obviamente es un texto que te persigue para toda la vida.

Tuve la oportunidad de estar en Florencia un par de días por la presentación de un libro y me preguntaron “¿qué quieres ver?”. Y, claro, pedí visitar la capilla donde está enterrada Beatriz.

Dante la vio una vez en su vida, y escribió la *Divina comedia*... ¿cómo elegir otra cosa? *Las mil y una noches* y Dante... no hay motivación más grande para entender la literatura que esta dos: el amor llevado al extremo y la posibilidad de que no te maten por contar historias.

- **Luego de Oruro y con un breve paso inicial por Cochabamba, te tocó vivir en Argentina, donde estudiaste ingeniería. ¿Qué azar hizo que –por suerte para todos nosotros– no hayas terminado siendo ingeniero?**

- Supongo que debió ser Física III... No, en realidad, fue culpa de Orson Welles y Borges. He crecido con cine y presumía de conocer todo lo que es cine, pero un día vi una película que se llamaba *El proceso* (dirigida por Welles) y no entendí un carajo. Entonces fui a buscar de qué trataba y me enteré de que estaba basada en una novela de un tal Kafka, la busqué, la leí y no entendí un carajo. Luego llegué a *La metamorfosis*, traducida y con prólogo de Borges, y así... no hubo forma de parar. La culpa es de Kafka, Orson Welles y Borges.

Dejé Ingeniería, volví y decidí ser maestro de Álgebra y Física y cuando fui a la normal en Cochabamba me enteré de que no podían reconocermelo avanzado en Matemáticas y que además tenía que tomar otro montón de materias, hasta Educación Física. Igual tenía que hacer todo, así que dije “haré las dos carreras”, y estudié además para maestro de Literatura. Iba a salir con dos títulos, pero me salió una beca de posgrado y así, casi por puro, azar terminé estudiando Literatura, porque yo iba a ser maestro.

- **Literatura, cine, fútbol... y también la docencia es algo que siempre está presente.**

- Sí, desde ese momento. Me ganaba la vida enseñando física a universitarios que preparaban exámenes.

- **Volvamos otra vez a la literatura. Siempre hay que volver a la literatura. ¿Recuerdas cuál fue tu primer texto publicado?**

- Después de un trabajo que le gustó a mi profesora de literatura y lo leyó ante toda la clase, hay que esperar hasta el 78, con un trabajo sobre *Estrella segregada*,

de Cerruto, que publicó Quirós² en Presencia Literaria.

Y lo publicó luego de que pasó por la lectura del propio Cerruto. Como yo era un total desconocido, seguro Quirós le dijo “qué te parece esto, Oscar”, y él le dijo: “publicalo”. Luego también le había dicho “dile al autor que cuando venga a La Paz me busqué”. Y así pude conocer a Cerruto, y la primera vez hasta me dedicó un ejemplar de su *Obra poética* de la Biblioteca del Sesquicentenario.

- **Hemos hablado de literatura, cine, fútbol, tu faceta de docente... pero la amistad también es algo fundamental a lo largo de toda tu vida.**

- Los amigos son una constante en mi vida, tanto que en algunos casos he heredado la amistad de sus hijos, como es el caso de Guido Loayza, que era mi compañero de habitación en La Plata (y sus hijos Álvaro y Diego) y Rubén Varas (y su hijo Julián).

La mayoría de mis amigos están en La Paz y el problema es venir a visitarlos. Eso empezó en 1979 cuando cometí una locura. La Carrera de Literatura de la UMSA me invitó a dictar un semestre y me tocaba estar tres días en La Paz y cuatro en Cochabamba, así que todo lo que ganaba en La Paz lo gastaba en avión.

Todo fue por la idea de enseñar Literatura y fue gracias a Blanca Wiethüchter que me invitó. Pero fue también una buena ocasión para reunirse y trasnochar con los amigos, y así conocía a *kenchas* y perdularios, con palabras de Álvaro y Diego³. Y se volvió ceremonioso: llegaba los lunes y del aeropuerto me iba a cancelería porque tenía reunión con Cerruto, charlábamos hasta mediodía y me iba a almorzar con René Poppe. Los martes siempre almorzaba con Julio de la Vega y me encantaba porque su esposa era experta en hacer postres, además porque hablábamos sobre literatura y música, sobre todo cuando iba también “el Escribidor”⁴, Salmón, un experto en tango. Los miércoles tocaba almorzar con René Bascope. Pero, además, una semana me alojaba en casa de Jesús Urzagasti y otra en la de René Poppe.

Y en la Carrera de Literatura hice amistades tan sencillas como

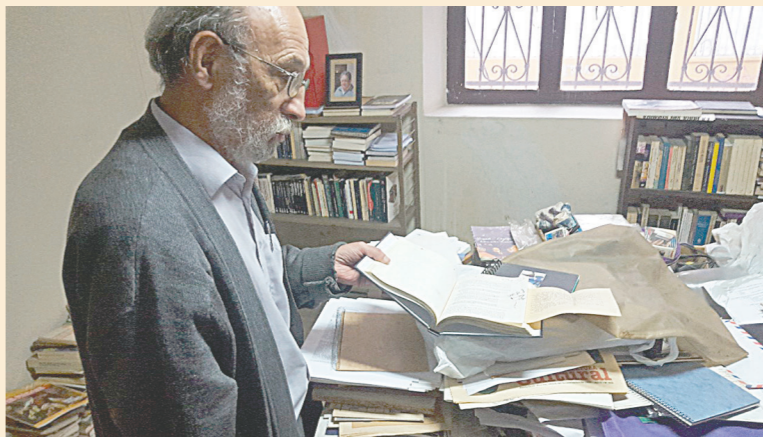


Foto: Martín Zelaya

esta... (“¿dónde está mi bastón?”, se interrumpe *Cachín*, y coge el objeto, para continuar). Ahí conocí a un joven Rubén Vargas. Este bastón es el que usaba Rubén después de un accidente y un día me lo regaló María Luisa (su esposa) para que camine seguro en estas calles de La Paz. **Siempre pienso que mi vida ha sido, como dice Kafka, como “un ser hecho de pedazos de hilos”.** Mi vida, en cuanto a los amigos, ha sido como una especie de hilos que se han ido enredando, tanto así que **la wiphala no se puede ni acercar a la diversidad de amistades que he tejido a lo largo de tantos años** y que hoy en día se mantienen.

- **Literatura, cine, fútbol, docencia, amistad... también hay que sumarle música. Hablabas de tus charlas de tango en los almuerzos con De la Vega, pero al margen eres un melómano que disfruta la música como pocos, desde Gladys Moreno a Leonard Cohen...**

- Yo soy casi un sordo musical, lo que se llama un desorejado. He aprendido a disfrutar de la música por frecuencia y repetición y ha sido una permanente compañía en mi vida.

Hay un concepto muy bonito sobre la capacidad que tiene la música para cuidarte; de un círculo de protección de la música: la ronda infantil es lo que más conocemos. **La música me ha protegido siempre y la primera gran protección es doña Gladys Moreno.**

Todos hemos sido adolescentes, ¿no? Es un problema, una *ch'ipa*. Es cuando recién estás queriendo ser un ser social (hay gente que aún no ha resuelto ese problema). Es una época de querer surgir, de

muchas máscaras que uno se pone para quedar bien con los demás, o con uno mismo. Yo tuve la suerte de oír en mi adolescencia a doña Gladys y luego, gracias a un amigo, a Edith Piaf. Sus cantos me protegieron y aun hoy en día el “Carretero enamorado” me protege.

- **Hay muchos grandes escritores bolivianos con los que tuviste un lazo no solo literario sino también de amistad. Pero no solo eso, fue tu trabajo, tu lectura y reflexión sobre su obra lo que los consolidó como referentes y clásicos. Hablemos de algunos de ellos, con esas perspectivas: su obra y tu relación de amistad.**

- **Jaime Saenz**
- Cuando lo conocí, Saenz ya era un mito. Si no era por Blanca Wiethüchter quizás no lo hubiera podido entrevistar, pero aceptó y desde entonces empezamos una relación que rápidamente se hizo amistad, al punto que poco después me hizo presentar *Felipe Delgado*.

Felipe Delgado es una de las obras (de la literatura boliviana) sobre las que más se ha escrito, pero yo podría decir que ***Recorrer esta distancia y La noche, dos poemas largos de Saenz, se pueden codear con los mejores poemas que ha dado la humanidad.***

- **Oscar Cerruto**
- Sinceramente, yo creo que Cerruto es el más grande escritor que ha dado Bolivia. A sus 22 años era un novelista de primera. *Aluvión de fuego* tienes sus defectos, pero la acabó a sus 23 años y hoy en día sigue entre las novelas fundamentales de Bolivia. Pero ya a sus 15 años publicaba artículos en el “Boletín Titikaka”, de los hermanos Peralta, junto a (textos de César) Vallejo y otros grandes. Luego escribió *Cerco de penumbras* (1958) que es casi

casi la revolución en medio del realismo que se acostumbraba en la época. **Cerruto regala la libertad de la ficción para todos.** Algunos dirán, “pero si antes mi abuela me contaba cuentos de ficción”. Sí, pero tu abuela no escribía como escribió Cerruto. Si había tradiciones orales de fantasmas y duendes, pero nadie las escribía. Él hizo un libro extraordinario. Junto a *Sangre de mestizos* (Augusto Céspedes, 1936), no sé si alguien logró hacer algo igual, como libros de cuentos unitarios, monotemáticos y de una calidad insuperable.

Por otra parte, la poesía de Cerruto ¡es de una perfección...! Alguien dijo que después de Cerruto nadie puede escribir mala poesía en Bolivia.

- **Carlos Medinaceli**
- Es otro de mis favoritos. **Yo mantengo que Carlos Medinaceli se ha inventado la literatura boliviana.** Hay un adagio de Octavio Paz que dice que los libros no hacen la literatura, para que haya una literatura alguien tiene que intentar ordenarla. En el caso de Bolivia, ya lo había intentado Gabriel René Moreno, pero el primero que lo hizo fue Medinaceli, y para mí es el inventor de nuestra literatura.

- **Hay dos casos particulares porque no solo son grandes escritores y fueron amigos tuyos, sino que, a diferencia del resto, fueron casi tus contemporáneos: Jesús Urzagasti y Jorge Suárez.**
- Sí, también han sido grandes descubrimientos a partir de las lecturas. En ambos casos se ve la manera en la que vivo mi profesión, tengo que leer algo que me entusiasme para poder releerlo y estudiarlo, y entre las primeras cosas que me entusiasmaron para escribir está *Tirinea*. Siempre he admirado la prosa de Jesús, y precisamente lo último que he acabado de escribir, que he estado trabajando por años y por culpa del fútbol no podía acabar, es un estudio sobre *De la venta al parque*. De Suárez también me motivó enormemente leer su novela corta *El otro gallo*, y claro, luego vino la amistad. Son varios casos similares, tanto que **ya no sé distinguir si escribo porque me faltan amigos.**

- **Un último nombre, Adolfo Cárdenas**

- Ah, el Adolfo... A mí me gustó mucho, mucho, *Periférica Blvd.* y cuando me pidieron preparar la edición para la BBB dije sí inmediatamente. Me gustó, entonces, conocerlo a fondo al trabajar en esa edición, compartir durante las entrevistas para hacer su bio-bibliografía.

Entonces empecé a revisar su obra, sus cuentos, muchos no los había leído y fue una recompensa. Adolfo tiene una obra atrevida. Hay una cosa bien difícil, que es narrar y escribir la oralidad de un acontecimiento, es algo muy complicado y él lo logra bien.

En este momento de la conversación, tras casi 50 minutos de tener a la audiencia en las manos, *Cachín* decide cerrar con broche de oro y se inventa un colofón de esos que algunos dirían “apagá las luces y vámonos...” no queda nada más que agregar”:

“Hay dos grandes alegrías, que ya están a punto de salir las Obras completas de Cerruto en la BBB. Y otra es gracias a José Antonio (Quiroga, director de Plural editores), ya han salido los tomos de artículos y columnas de cotidianidad política de Rubén Vargas y su poesía completa, preparada por Benjamín Chávez, y ahora tenemos todos sus escritos de décadas de trabajo en periódicos. Como ven, **los amigos y la literatura siguen junto a mí, me protegen, como la música**”.

(¹) Se publicó en el número 40 (2019) de la revista Decursos del CESU de la UMS; se reprodujo luego en el portal cultural La Trini (2022), y será incluida en la edición de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia de los *Ensayos escogidos* de Antezana, actualmente en preparación.

(²) Juan Quirós (1914-1992) Sacerdote y crítico literario, director de Presencia Literaria entre muchas otras revistas.

(³) Los escritores Álvaro y Diego Loayza, hijos de Guido Loayza, amigo de Antezana desde la juventud y reconocido dirigente de fútbol que encabezó a la Selección Boliviana en su clasificación al Mundial EEUU 1994.

(⁴) Así bautizó Mario Vargas Llosa al dramaturgo Raúl Salmón, en quien basó su personaje en la novela *La tía Julia y el escribidor*.

Luis H. Antezana J., lector

Edwin Guzmán Ortiz

Si hay alguna condición que definiría a Luis H. Antezana J. es la de lector. Ávido, inteligente, metódico, incansable, meticuloso, visionario. *Cachín* es pues, sin duda, uno de los lectores de literatura más importantes que ha dado el país, y por el conjunto de su obra, uno de los pensadores más gravitantes. Alfredo Ballerstaedt, su editor, dice que *Cachín* escribe porque lee: la literatura como escritura de una lectura

Mas, cuando hablamos de “lector”, nos referimos a una categoría que supone especialidad, capacidad crítica, es más, una suerte de experticia en ese oficio interminable que es la lectura. Frente a diferentes capacidades y competencias en el ámbito de la lectura –desde las empíricas a las profesionales– hay una, de las más altas, que tiene la capacidad de abordar los diferentes universos que se tejen en un texto y que nos revelan los sentidos gravitantes de una obra. *Cachín* es pues depositario de esta condición, producto de una formación académica doctoral y trabajo intensos.

Su formación de filólogo ha sido sobre todo ejercitada en el campo de la literatura. En un país con una escasa población de lectores, ser lector no termina de ser comprendido en su verdadera cabalidad. A propósito, Carlos Medinaceli –otro de nuestros grandes escritores y lectores– decía: “la tragedia del escritor boliviano es escribir para un pueblo que no lee”. La lectura sería pues una especialidad de *Cachín*, la actividad rectora de su trabajo crítico. Actualmente, producto de su abundante y meticuloso trabajo es reconocido como como uno de nuestros principales críticos. Precisamente, Leonardo García Pabón lo considera como “el mayor lector de la literatura boliviana”.

En *Ensayos y lecturas* (1986), Luis Antezana aborda principalmente lecturas sobre la literatura boliviana. Podríamos afirmar que con él se inaugura otra forma de leer nuestra poesía, narrativa y ensayo. Su manera de desmontar la arquitectura de los textos ha revelado sentidos y perspectivas inéditas en nuestras letras. A través de su ojo crítico, en diferentes obras, por ejemplo, ha incidido en la poesía de Oscar Cerruto, Jaime Saenz, Eduardo Mitre; en la narrativa, en Carlos Medinaceli, Jesús Urzagasti, Jorge Suárez; en el ensayo en Gabriel René Moreno, el propio Medinaceli, Javier Sanjinés y Rubén Vargas.

Pero junto a autores paradigmáticos de nuestras letras, ha desarrollado lecturas transversales como “La novela boliviana en el último cuarto de siglo”, los “Rasgos discursivos de la narrativa minera boliviana” que pretenden abarcar un espectro más amplio del acontecer literario, motivando el interés hacia filones más gruesos de la literatura de nuestro país. En ese marco, y de manera general va trazando –como él mismo señala– un modelo hipotético de algunas de las zonas por donde transitaría la literatura boliviana.

Cachín marca una evidente diferencia con críticos precedentes –digo, Gabriel René Moreno, Carlos Medinaceli, entre otros– ya que pone en funcionamiento un aparato gnoseológico diferente sostenido por una lógica rigurosa que le permite desmontar los diferentes niveles de sentido de las obras. En *Cachín* se manifiesta una concepción estructuralista de la lectura, concepción que no se acaba en sí misma, y que a menudo la trasciende a través de una hermenéutica altamente sensible. El aporte de *Cachín* en la lectura y crítica de la literatura boliviana es notable: aprendimos con él a comprender y valorar nuestra literatura desde una nueva óptica: la calidad y el peso específico de las obras.

Otra de las zonas clave por las que discurre su interés es la teoría. Ya, en su inaugural *Elementos de semiótica literaria* (1977) desarrolla conceptos y características que estaría en la base de esta: la lingüística y el proyecto científico de la semiótica general. Pero es en su libro *Teorías de la lectura* (1983), donde especialmente se abre a una reflexión teórica más especializada sobre las coordenadas del oficio de leer, a través del triángulo de “la lectura, el lector y el-acto-de-leer”. Se añade, la caracterización sobre la identidad del texto literario, su nivel pragmático y los posibles lectores que enfrenta la literatura. Con generosa erudición nos pasea por el pensamiento de Steiner, Wittgenstein, Iser, Rifaterre, Barthes, Searle, en fin Lotman, Stierle, Derrida y la Kristeva. Un verdadero festival de lo más selecto de la reflexión vinculada a la filología, semiótica, hermenéutica y teorías del discurso. *Cachín* ha puesto sobre la mesa, desde las teorías de lectura, todo un aparato crítico para leer. Nos ha actualizado y ha expuesto autores, hoy universalmente reconocidos en las faenas del análisis textual y literario.

Llama la atención en esta obra la nutrida bibliografía consultada: más de cien autores que sustentan los argumentos del libro. Se suman ilustrando las teorías, poetas y novelistas gravitantes como Borges,

Cortázar, Cabrera Infante, Rulfo. Y bolivianos como Cerruto, Saenz, Mitre, Gomringer o Medinaceli. Y autores contemporáneos de la talla de S. Mallarmé, T. S. Eliot, Ezra Pound, Paul Celan o Pessoa, Joyce o Vonnegut; *Cachín* amarra los enfoques modernos de las teorías de la lectura con autores paradigmáticos de la escena literaria occidental.

El libro –como lo explica en su prólogo– no clausura este hecho, al contrario, señala, abre las puertas a una reflexión más profunda acerca de la naturaleza del texto y la lectura, porque, como dice Antezana: al final las teorías literarias “nos llaman la atención sobre un hecho fundamental: que los textos se desplazan en sus lecturas, y es ese devenir el que interesa en última instancia comprender”. Por este motivo, para *Cachín* la lectura no culmina en el cierre semántico de un texto, sino en la perspectiva iluminadora de comprender lo que una obra sugiere.

Además de la lectura literaria, *Cachín* se ha preocupado por otros tipos de lectura, dentro el campo histórico y social. No es difícil comprender que la historia y la sociedad están marcadas por una tupida malla de discursos. Que las doctrinas, la política y las ideologías precisamente se manifiestan también a través del lenguaje. Palabras que construyen visiones sobre la realidad, y que inducen a acciones sociales, es decir, la poderosa función performativa del discurso. No olvidemos que la propia Constitución Política del Estado pone en juego a las literaturas.

En ese orbe, Antezana ha ensayado con plena lucidez lecturas de autores y de hechos históricos respecto a la Bolivia contemporánea. Al respecto, son dos sus escritos más conocidos: “Sistemas y proceso ideológicos en Bolivia” (*Bolivia, hoy*, 1983) y “La diversidad social en Zavaleta Mercado” (1991) y El primero, inserto en el subdiscurso político que retrata los procesos ideológicos post 52 a partir de un articulador discursivo, el nacionalismo revolucionario –NR, que marca pendularmente el pensamiento y la ideología política contemporánea en Bolivia. El segundo, que busca proponer un modelo del pensamiento de Zavaleta Mercado en relación a la sociedad boliviana; recupera y analiza las categorías zavaletianas de: “la formación social abigarrada”, la “autodeterminación de las masas” o “la crisis como método de conocimiento” (¿no es acaso este el nudo en las narraciones?). De este modo, *Cachín* continúa



Edwin Guzmán, Luis H. Antezana J., Luis Ramiro Beltrán, y Mario Ríos Gastelú.

trabajando conceptos y categorías que despliegan sentidos sociales y explican circunstancias nodulares de nuestra historia.

Con sobrados argumentos Ivan Jablonka ha fundamentado el rol de los vasos comunicantes entre la literatura y la historia, bajo el argumento que la historia también se expresa a través de una escritura donde se construyen argumentos y se forjan narraciones similares a las de la literatura, y la literatura por su parte produce también un conocimiento de lo real. Es más, en esta condición extensiva de la literatura cabe recordar a Rorty y su “giro literario de la filosofía”, postulando que filosofía es un género más de la literatura.

Otra obra recientemente publicada por Plural Editores (2020), es *Prólogos y epílogos*. Compilada y editada por Alfredo Ballerstaedt, reúne lecturas introductorias de autores vinculados a la literatura como a la historia y los estudios sociales del país. *Cachín*, en el marco de una ética de lectura, no pretende sobre determinar la lectura de estos materiales, más bien realiza acercamientos contextuales y traza líneas que podrían coadyuvar a una lectura independiente y propia de los libros que reseña.

En Luis H. Antezana, la lectura es una puerta abierta, por lo mismo, la lectura de estos prólogos son invitaciones motivantes a la lectura de las obras; generalmente breves, no son precisamente coordenadas, más bien atrios, pórticos que preludian el ingreso a la obra. Otra vez se trata de un trabajo de lectura, plural y diverso de obras y autores significativos, sea en la literatura la especialidad privilegiada de *Cachín* (Jesús Lara, Néstor Taboada Terán, Blanca Wiethüchter, Adolfo Cárdenas entre otros); o en temas sociales e históricos (Sergio Almaraz, Silvia Rivera, Fernando Mayorga, el Tambor Vargas, Luis Tapia, en fin...) Prologar y epilogar sin duda es otra

de las venas de lectura que, no sin acierto, detenta *Cachín*.

En suma, no pocas cosas aprendemos de Luis H. Antezana J. Leer desde una perspectiva crítica, con el rigor y el afecto que merece nuestra literatura. A conocer, a interpretar nuestra realidad desde la literatura. A compartir ese sentimiento hondo que es la lectura. A cultivar la lectura como placer y como oficio. Que la lectura es un viaje, la condición del nómada. Nos ha abierto una conciencia renovada sobre la ubicuidad y el peso del lenguaje en la literatura y la sociedad. Ha posibilitado, desde la literatura y a partir del lenguaje, abrir una nueva perspectiva de lectura y análisis entre lo literario y lo social. Ha marcado, no sin particular impronta, a la crítica literaria académica boliviana contemporánea. Y cómo olvidar una de sus pasiones: el fútbol, cabe pues recordar su libro *Un pajarillo llamado Mané* (1998), el fútbol leído en clave literaria, ora como un texto estético, ora festivo.

Sospecho que en el firmamento de Luis H. Antezana J. sobrevuela una constelación de astros, tres de los cuales serían: Borges, Wittgenstein y Barthes. Borges porque además de escritor fue un lector de raza y su obra es en gran parte producto de sus lecturas; Wittgenstein por el rigor y porque ha buscado leer la relación lógica y pavorosa del mundo respecto al lenguaje; y Barthes, simplemente por el placer supremo que suscita la lectura.

Leer es pensar y pensar es leer – el *quid pro quo*. Leer es a su vez imaginar, trascender y trascenderse. La lectura nos permite conocernos, criticar, cambiar; sin olvidar que los libros también nos leen. Pensar es descubrir en cada camino una pluralidad de sentidos, y en cada sentido una pluralidad de caminos. Y *Cachín*, por supuesto, lee y piensa como muy pocos en medio de toda esta república de las letras.

Cachín y Zavaleta

El sociólogo e investigador cochabambino enfatiza en la lúcida interpretación que Antezana hizo del pensamiento de Zavaleta Mercado.

Fernando Mayorga

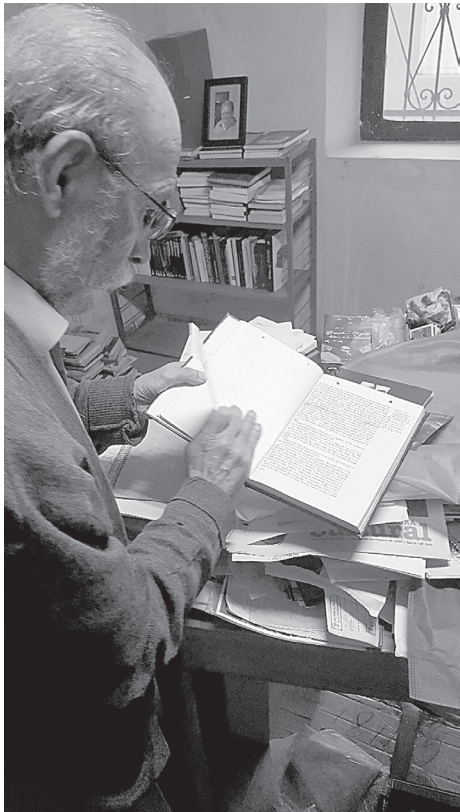


Foto: Martín Zelaya.

Luis Cachín Antezana realizó importantes contribuciones a las ciencias sociales. Entre ellas se destaca, sin duda, sus aportes para la disquisición del pensamiento de René Zavaleta Mercado. Desde los años 60, Zavaleta fue una figura descollante en el campo político y en el ámbito intelectual. Su calidad académica era admirada en Bolivia y en todas partes; sin embargo, la conversión de su pensamiento en canon de las ciencias sociales y políticas es resultado de la lectura interpretativa realizada por Cachín, que puso en evidencia la riqueza y originalidad conceptual y metodológica de su obra.

Zavaleta y Cachín tuvieron una relación meramente epistolar y la palabra escrita fue el nexo entre dos estupendos conversadores que compartían, además, otro rasgo común: eran oriundos de Oruro (la aliteración es a propósito). Precisamente, una carta inició su relación, tal como Cachín cuenta en uno de sus libros: “En ella me invitaba a colaborar en el volumen *Bolivia, hoy...* quería que me ocupe del tema ideológico del Estado del 52... Nunca conocí personalmente a René... mantuvimos una discontinua constante correspondencia que, desde el ritual ‘usted’ llegó, a la larga, hasta el fraternal ‘tú’ de la amistad” (*Ensayos Escogidos*, Plural 2011: 651).

Así las cosas, Cachín escribió su ensayo seminal “Sistema y proceso ideológicos en Bolivia 1935-1979” que fue incluido en *Bolivia, hoy* (México, Siglo XXI 1983) aunque había circulado un par de años antes en *Bases: expresiones de pensamiento marxista boliviano*, una revista impulsada por varios exilados en México. También en 1983 se publicó *Las masas en noviembre* (La Paz, Juventud, 1983) con tres ensayos de Zavaleta que constituyeron la base

inicial de la lectura de Cachín para un abordaje a su pensamiento. En estas líneas trazo ese itinerario con la intención de esbozar una genealogía al respecto.

En septiembre de 1985 salió el primer número de mi revista *Quimera* que incluyó un artículo de Cachín titulado: “Hacia la constitución de la multitud”. Se trata de una incursión pionera en su reflexión sistemática sobre la obra de Zavaleta. En ese texto, señala en el párrafo introductorio: “Todos los tiempos son incompletos, decir, siempre quedan tareas por hacer. Una, que ahora nos toca a todos nosotros, es la de **rescatar, valorar, difundir, criticar** la enorme y dispersa producción intelectual –teórica en el mejor sentido de la palabra– de René Zavaleta Mercado. Las cosas son así: que su pensamiento está todavía disperso para nosotros en múltiples publicaciones a lo largo y ancho del mundo, y que sin embargo, es, sin duda, uno de los pensamientos más ricos y fecundos que sobre Bolivia se ha hecho en estos y –quizá– en todos los tiempos”. Y termina con una invocación: “Todavía hay mucho que aprender de este hombre, que, muy probablemente, logró una comprensión de Bolivia. Y bajo el modelo de su pensamiento crítico, ojalá no se sacralicen ni mitifiquen su figura, su persona, su pensamiento; ojalá la anécdota –aunque ilumine– no reduzca los matices y contornos de su ser y su obra que necesitamos todavía conocer mejor” (*Quimera* #1, Cochabamba 1985, negritas mías).

Unos meses antes de la publicación de “Hacia la constitución de la multitud”, Cachín escribió el prólogo a mi libro *El discurso del nacionalismo revolucionario* (Cidre, Cochabamba 1985) usando una sentencia de Zavaleta como epígrafe: “Estamos ante el crepúsculo del partido del 52, del Estado del 52, y quizá también de la propia ideología del 52, aunque esta es, como es usual, lo más persistente”. Y el párrafo final de su prólogo es una advertencia del artículo publicado en *Quimera* #1: “Quizá nomás, como proponía R. Zavaleta Mercado, hay que seguir la constitución de la multitud y propiciar una ‘reforma intelectual y moral’ que permita una salida a los ya estrechos límites del terco ideologuema del ‘nacionalismo revolucionario’. Pero, esa es otra historia”. Esa noción – “constitución de la multitud” – ya estaba presente en sus intelecciones sobre Zavaleta puesto que en el prólogo a *Oprimidos pero no vencidos*, de Silvia Rivera (Hisbol, La Paz 1984) escribió: “Coyunturalmente, sería en torno a la actual crisis del Estado del 52 –en la ‘constitución de la multitud’, como diría René Zavaleta Mercado– que esta activa y secular defensa de la pertinencia propia en el mundo adquiere una intensidad ejemplar”.

Su intención de “rescatar, valorar, difundir, criticar” la obra de Zavaleta

fue incesante y apoyé con ahínco sus iniciativas. Por ejemplo, la elaboración de un video dedicado a Zavaleta –con el apoyo del Centro de Comunicación Juan Huallparrimachi–, una idea que Cachín tradujo en guion con las opiniones de Silvia Rivera, Gustavo Rodríguez, René Antonio Mayorga, Horst Grebe, Ricardo Calla y mi persona, intercaladas con fragmentos de una entrevista de Carlos Mesa a Zavaleta (De Cerca, 1983). Ese video fue estrenado en un seminario que dio origen al primer libro sobre *El pensamiento de Zavaleta Mercado* (CISO-UMSS, Cochabamba 1989) con ensayos de varios colegas, incluido Cachín que escribió: “El conocimiento social en la obra de Zavaleta Mercado”. En ese ensayo aclara que un par de textos le sirven de referencia para su lectura: la introducción al segundo capítulo de *Lo nacional-popular en Bolivia* (Siglo XXI, México 1986), el libro póstumo de Zavaleta, y el acápite “La crisis como método” de *Las masas en noviembre*. En su estilo, en una nota a pie de página, Cachín anuncia que: “Aquí y allá, nos referimos a otros textos, pero estos dos son los que básicamente nos guían” (CISO:77).

Aquellos años, Cachín dirigía el Centro de Investigaciones Sociales (CISO), un cargo que había aceptado, a regañadientes, gracias a mi obstinada insistencia para que trabajemos en dúo puesto que yo ejercía el cargo de director en la Carrera de Sociología en la UMSS. Ese video y ese libro son las primeras aproximaciones a la obra de Zavaleta en clave grupal, pero fue una acción impulsada por Cachín que, como vimos, ya había dado señales de su pesquisa. Es decir, en la segunda mitad de los 80, promovió la lectura de Zavaleta y esbozó algunas ideas que conformarían un corpus teórico para entender/explicar su obra. Ese corpus fue elaborado por Cachín entre 1989 y 1990 durante una estadía en la Universidad de Maryland, EEUU, donde escribió *La diversidad social en Zavaleta Mercado*, texto publicado a principios de 1991 por el Latin American Studies Center de la Universidad de Maryland y luego por Cebem, La Paz. Es el primer libro que presenta una sistematización del pensamiento de Zavaleta y me atrevo a afirmar que todas las publicaciones dedicadas a ese tema –y las hay por decenas, aquí y acullá– son prolongaciones o ampliaciones de la lectura interpretativa de Cachín. Tuve la suerte de conocer esa labor puesto que, durante su estadía en EEUU tuvimos intercambio epistolar y me fue contando sus andanzas intelectuales en cartas escritas a máquina que dan cuenta de su meticulosidad y su creatividad:

“Y, por ahí, ya me puse a escribir un capítulo, el que será el tercero de acuerdo a lo previsto, Aquel que contextualiza la ‘crisis como conocimiento’. Van saliendo cosas,

creo, apropiadas” (Silver Spring, 27 de octubre de 1989).

“Aquí, el trabajo anda marchando bien nomás. Creo que por el lado de las lecturas complementarias –seguir, sobre todo, los aspectos de la intersubjetividad que toca el René, y temas afines– ya lo tengo redondeado. Por el lado de la escritura, como siempre, salen más páginas de las previstas; pero, mejor, así se afinan los detalles. Al respecto, me gustó mucho poder hacer una ‘definición’ (operatoria) de ‘formación abigarrada’ desplazando los términos con los que el René critica (relativiza) el concepto de formación económico-social en *Lo nacional-popular en Bolivia...* noto que el panorama general ya está bien redondeado. Ya lo verás... Ciertamente: ya creo tener los gruesos hilos bien armados. Ojalá sea así, pues ahora solo necesitaría irlos explicitando (18 de enero de 1990).

“La próxima semana viajo a Darmouth a dar esa charla sobre el René Zavaleta Mercado. Ya tengo el texto, pero todavía tiene muchos espacios destinados para ser explicados oralmente... Creo que lo que ha mejorado en mi percepción del RZM es el lugar de eso de ‘la democracia como autodeterminación de la masa’ que ahora puedo articular mejor, creo, con lo de ‘formación abigarrada’, pasando por lo de ‘masa’. Ya verás” (22 de febrero de 1990).

En mayo de 1990, me mandó la versión impresa de “Formación abigarrada y democracia como autodeterminación en Zavaleta Mercado” con su última carta:

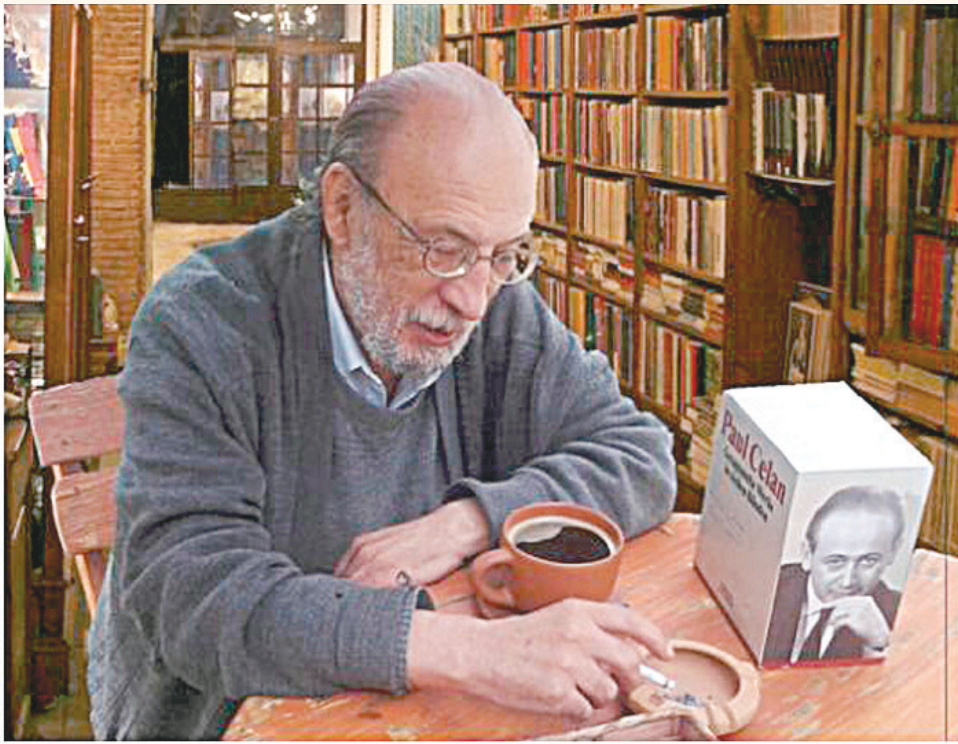
“Unas palabritas acompañando el ensayo –versión casi final salvo algunas correcciones menores y referencias bibliográficas– que resume el trabajo por estos lados y que queda para que lo publiquen en su colección. A ver qué te parece. Como verás, finalmente escogí ‘formación social abigarrada’ y ‘democracia como autodeterminación’ como los conceptos más amplios del René y los que permitirían, pues, articular la globalidad de su pensamiento” (15 de mayo de 1990).

Así fue. Cachín Antezana logró “articular la globalidad” del pensamiento de René Zavaleta Mercado y ese aporte se convirtió en la carta de navegación para entender su obra. Eso ocurrió hace más de 30 años, y vale la pena recordarlo ahora que *El Duende* anda transitando por el túnel del tiempo.

[Un saco de lectoparapita]

Rodolfo Ortiz

[E]n unas notas de homenaje, Rubén Vargas y luego Virginia Ayllón, coincidían en calificar a Antezana como «lector excepcional», siguiendo una traducción no muy feliz del ensayo «The Uncommon Reader» de Steiner. En ese ensayo Steiner reflexiona sobre el acto de la lectura que extrae de los gestos precisos que observa en el cuadro *Le Philosophe lisant* (1734) de Jean-Baptiste Chardin. Dispuse el cuadro de Chardin en un costado de mi pantalla y en el otro abrí la foto de Antezana que aparece en la tapa de *Prólogos y epílogos* (2020). A pesar de la inclinación de ambos por las notas marginales (que en el caso de Antezana deduzco de otras instancias, no de la foto), las diferencias saltaron a mi vista. El lector de Chardin tiene ropa elegante, lleva capa, sombrero de pieles y usa mangas bermejas de terciopelo. Su elegancia es enfática y su encuentro con el libro no es informal y desaliñada. Steiner (casi celebrando) indica que se halla vestido para la ocasión y que tal acto de lectura es de



cortesía. Nada de esto aparece en la fotografía de Antezana. Observo un lector no con un cálamo con el cual transcribe y anota en un infolio, sino con una taza de café y un cigarrillo que se consume en su mano y que además escudriña mientras parece que construye, porque

para Antezana «todo lo que lee construye». Por lo mismo, su elegancia es de espectro y virgiliana. No lleva mangas bermejas de terciopelo, pero sí mangas grises de algodón replegadas, una de ellas con un escueto orificio producido por la brasa de un cigarro que

cayó quizás durante un sueño (*A modo de manifestarse estupor ante lo bromista de la mirada*). Pero ¿qué es lo que persiste en este modo de leer? Quizás la *Gesammelte Werke in fünf Bänden* de Paul Celan que lo acompaña y, por lo mismo, una multiplicidad de materiales

conjugados que habitan y se esconden en su propio saco, un *saco de lectoparapita* cuyo tejido vivo ya es uno solo, pues la diversidad de remiendos (y colores) sin duda experimentó innumerables mutaciones hasta adquirir el color del tiempo, que es uno solo.

Luis H. Antezana

Personas mayores futuristas
Mejillas medievales en la ronda
de una insistencia sin fronteras
Luis H. Antezana lucía un clavel de intensos rojos
en el cuenco ahormado de sus gafas
¡Qué lección de lectura cortada
en pergaminos de alas liberadas!
Y, entretanto, cuánto rumor de mar
en el sabueso de Tiepolo
Cuánto golpe de islas de espejos en el fondo del aula

Entre Teseo y los Ayar
tuvo que incendiarse también este océano,
como cristal trizado en letra verdemusgo

Decían de Celan, en Cochabamba,
que sus ojos lloraban aguaceros
y que en ríos de estambre arde el cielo

Arde el mar. Arde el mar

Un arpa lejana tañe campanadas
con memorias de Europa. ¿Cómo quitarse
el cobijo del alma y arriesgar una
estela de cal en medio de la tierra?
¿Cómo volcar una vasija de alcohol
sin emborrachar el aire? ¿Cómo
prender fuego al agua y quedar
intocados?

Ricardo Calla Ortega

Nota del autor: Este poema fue escrito en abril de 2012 y permanecía inédito hasta ahora. Se reconocerán las citas y las alusiones a Gimferrer. Tiepolo y su pintura son eje de uno de los diálogos de Walcott con la palabra y el color de la luz. He escrito para *Cachín* este texto que lo coloca rodeado por el arte y por la poesía y que son el milagro al que él ha dado su vida. Debo a *Cachín* el haberme hecho conocer a Celan a mediados de los 80. ¿Puede haber deuda más grande? Recuerdo que una noche me regaló una copia de la traducción que él había hecho, creo que a dos o tres manos con un par de amigos, de la *Fuga de Muerte* de Celan; una traducción soberbia, imperdible, que ahora parece irremediablemente perdida.

